
A N N A L E S
U N I V E R S I T A T I S M A R I A E C U R I E - S K Ł O D O W S K A
L U B L I N - P O L O N I A

VOL. XXXIX, 2

SECTIO I

2014

LORENA ZUCHEL LOVERA, CHRISTIAN VIERA ÁLVAREZ

La filosofía chilena y el neoliberalismo¹

Chilean Philosophy and Neoliberalism

RESUMEN

En el presente artículo, se presenta el desarrollo de la filosofía chilena en las últimas décadas, poniendo especial énfasis en los efectos que supone la imposición de un modelo neoliberal, modelo que no sólo funda la economía sino que todas las interacciones sociales. La pregunta de este trabajo es por qué y qué se está haciendo filosóficamente en Chile, cuálessón las características que el modelo económico, heredado de ladictadura, ha generado en las instituciones y disciplinas. De este modo, en definitiva, qué ocupa (o pre-ocupa) a los filósofos chilenos, como profesores e investigadores, para la comprensión y construcción de sus propios quehaceres.

Palabras clave: filosofía chilena, neoliberalismo, ideología, política

DE LO QUE HA VENIDO SIENDO LA FILOSOFÍA CHILENA

Lo que ha pasado con la filosofía en Chile es como lo que ha pasado con Nuestra América. Hay muchas cosas que decir sobre la filosofía de Nuestra América, pero sobre todo hay muchas preguntas, interrogantes, que han encausado el rumbo de la misma, hacia un continuo escepticismo que no cesa hasta el día de hoy. Así comienza, por ejemplo, el libro Historia del Pensamiento Filosófico Latinoamericano, del vasco Carlos Beorlegui. Beorlegui exhibe el amplio cúmulo de preguntas, entre una lista de interrogantes, que anteceden cualquier labor sobre la filosofía latinoamericana:

¹ Parte de este artículo fue presentadoen el Congreso Internacional “El pensamiento filosófico – social en España y América Latina”, Organizado en la Facultad de Filosofía y Sociología de la Universidad Maria Skłodowska-Curie, Lublin, 2014.

¿Es legítimo hablar de filosofías nacionales o regionales? ¿Existe una filosofía latinoamericana? ¿Qué características tiene o ha tenido esa supuesta filosofía latinoamericana? ¿Ha habido en Latinoamérica algún filósofo, o filósofos, suficientemente representativo(s) como para que pueda constar en una historia de filosofía? [...] [Y prosigue más adelante]. Eso no parece ocurrir con las naciones más representativas del entorno de la Europa Occidental. A nadie se le ocurre plantear la pregunta sobre la identidad y la valía de [sus] filosofías².

Han existido numerosos escritos y debates sobre la posibilidad y el objeto de una filosofía latinoamericana, desde que Alberdi la utilizara por vez primera a mediados del siglo XIX³. El mismo Beorlegui las presenta en el libro recién señalado⁴. Pero son también muchas las preguntas por las filosofías regionales (como una filosofía chilena) las que han llevado consigo discrepancias por su significado, y que se han enfrascado en esencialismos, o en ciertas características históricas u objetivos que ésta debiesen asumir. Con todo, desde que Romero arguyera, un siglo después de Alberdi, que la filosofía latinoamericana es ya una práctica “normal”⁵, nos hemos permitido hacer simplemente filosofía, esto quiere decir, dejar de lado estas preguntas – como por sus objetivos y funciones – e “instalarnos” a hacer, “sin más”, filosofía a la altura de su prestigio⁶.

Pero qué es hacer filosofía normal, cuál es ese prestigio que debemos defender. Podemos responder a estas interrogantes con algunas constataciones; pero antes que esto habrá que discutir cuál es la situación que ha enfrentado Chile desde avanzada la segunda mitad del siglo XX, con la implantación del sistema neoliberal, situación que posibilita y moldea una nueva “normalidad”. Sobre esto, algunos filósofos chilenos, como el profesor José Santos, han tratado de demostrar qué filosofía hemos hecho en Chile, pero sobre todo qué filosofía se potencia en Chile:

En nuestro país, de hecho, aunque se han publicado algunos libros significativos sobre el tema, se trata de tan pocos que no se puede hablar realmente de una línea editorial instalada, sino más bien de obras que irrumpen esporádicamente. [...]. Por otro lado, la investigación en el tema prácticamente no ha sido financiada por los fondos abiertos y concursables, en concreto FONDECYT, en sus primeros 25 años (1982–1996) patrocinó dos proyectos en el área de la filosofía latinoamericana

² C. Beorlegui, *Historia del Pensamiento Filosófico Latinoamericano*, Bilbao, 2010, p. 33. Los corchetes son de los autores.

³ J.B. Alberdi, *Ideas para un curso de filosofía contemporánea*, México 1995.

⁴ C. Beorlegui, *op. cit.*, p. 33–48.

⁵ F. Romero, *Sobre la Filosofía Americana*, Buenos Aires 1952. El autor se refiere a normalidad en la filosofía, queriendo decir práctica común, cotidiana, de la inteligencia; que también marca un antes y después de ese periodo; es decir, desde entonces se podrá comenzar una época nueva para la filosofía latinoamericana: los filósofos son ilustrados; y además manejan la técnica filosófica lectura y escritura, que les permite realizar investigaciones a la altura de los más célebres.

⁶ Sobre la complejidad de hacer filosofía latinoamericana, y de entender los variados significados que ésta ha tenido, recomiendo el artículo de H.J. Santos, *Qué se dice cuando se dice Filosofía Latinoamericana*, “Revista de Filosofía” 2012, Vol. 68. Se puede leer también en: www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-43602012000100006&script=sci_arttext (Vigencia Julio 2014).

y cinco en los que al pensamiento chileno se refiere. Las cátedras en las carreras de filosofía, ya sea a nivel de pregrado (Licenciatura o Pedagogía) o postgrado, se limitan a ofrecer un curso sobre el tema pero solo en cinco universidades en el contexto de una veintena en las que se enseña filosofía a nivel universitario. Coloquios en los que se aborde la problemática de la filosofía latinoamericana han existido, aunque su número y regularidad hacen imposible hablar en un tema instalado en nuestro país, habría que referirse más bien a una serie de contactos aislados.

La cuestión es clara; la filosofía que se ha hecho en Chile, porque se ha potenciado en Chile, ha sido principalmente europea⁷. Sabemos que ésta no ha sido cuestión exclusiva de la filosofía -el impacto de lo europeo en Chile desde la Colonia y hasta el siglo XX fue fundamental para la construcción de nuestras instituciones, y constituciones, a nivel general- empero, en filosofía, esto ha provocado un hábito de extrañamiento, que nos ha hecho balbucear, sobre todo nombres⁸, desde un lugar sin espacio y sin tiempo⁹. Esto quiere decir que hemos venido haciendo filosofía abstracta, neutra, porque hemos creído que no hay problemas locales que puedan proponerse desde nuestra localidad; no hay fronteras bio-políticas, ni circunstancias, ni culturas en la filosofía, y entonces también podemos implantar cualquier otra cultura o paradigma, porque es lo natural. Pero sabemos que eso no es así, que la naturalización de los problemas son ideologizaciones¹⁰, vale decir, ideologías que se presentan como naturales, como universales, objetivas y necesarias, como “normales”, siguiendo a Romero, pero que no son otra cosa que la afirmación de las ideologías del más fuerte.

Y entonces nos volvemos a preguntar ¿Cómo hacer una filosofía normal? Conocernos es un buen primer paseo; aprender a mirarnos desnudos al espejo, sacándonos los ropajes uno a uno y mirando nuestros colores, nuestras heridas, nuestras ganas... El mismo José Martí ha ironizado con nuestras vestiduras: “Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica, y la montera de España”¹¹.

En Chile, por ejemplo, las utopías foráneas fueron en gran medida nuestras vestiduras; de tal modo que incluso en la identificación de América Latina es fácil encontrar estudios sobre la utopía como modo propio de pensamiento. Pero de qué utopías se trataban. Sin duda las que nos hicieron deambular por España y las promesas de la Ciudad de Dios, por Alemania y la Ilustración, por Francia y la Libertad, por Inglaterra y el Progreso, entre otras ideas que sirvieron de apoyatura para la construcción de nuestra identidad. Utopías foráneas convertidas en las nuestras propias, que fueron moldeando una realidad bastante ecléctica.

⁷ *Idem, Treinta años de filosofía-FONDECYT. Construcción de una élite e instalación de un patrón investigativo*, “La Cañada” 2012, n°3, p. 104–106.

⁸ *Ibidem*, p. 100–101. Como demuestra el estudio, no sólo nombres, sino nombres de hombres, son a los que hemos dedicado trabajos, y citado.

⁹ *Idem, Qué se dice cuando se dice Filosofía Latinoamericana*, op. cit.

¹⁰ Cfr. I. Ellacuría, *Filosofía, ¿Para qué?*, UCA ed., San Salvador, 2001 (Escritos Filosóficos III).

¹¹ J. Martí, *Nuestra América*, Nuestra América, Venezuela, p. 36.

Sobre esto, Miguel Jaksic, en su libro *Rebeldes académicos*, nos relata cómo la filosofía en Chile ha estado presente en el rol de la religión, la política y la educación, desde comienzos del proceso de Independencia de 1810¹², a través de tratados, por ejemplo, de filosofía del entendimiento o filosofía de la educación. Textos que representaban ideales europeos asumidos como alternativas maduras para nuestra edificación, pero que también hicieron transitar, a los pensadores chilenos, por corrientes extrajeras tan diversas, que se vuelven complejas de identificar. El mismo Jaksic nos comenta el caso de Andrés Bello, pues a este decisivo pensador de nuestro Código Civil y de nuestra idea de universidad, “se hace difícil situarlo dentro de márgenes liberales y conservadores, a menos, por supuesto, [dice Jaksic] que nos centráramos exclusivamente en sus puntos de vista políticos o religiosos”¹³.

De todos modos, la política se convirtió en el centro de atención de la filosofía chilena, y fue, quizás, una segunda vestidura para la conformación de su identidad. Ésta fue determinante por motivos principalmente emancipatorios en un primer momento; y por razones de carácter circunstanciales, en un segundo; no obstante, un importante número de pensadores ha intentado marginar esa función de la práctica cotidiana, permitiendo diferencias significativas entre unos y otros. En efecto, así como en la filosofía latinoamericana podemos encontrar distintas posturas sobre la práctica filosófica¹⁴, también en Chile pudimos diferenciar claramente a dos grupos de académicos. Jaksic los llama filósofos profesionalistas y filósofos críticos¹⁵. Los primeros creen en la universalidad de la disciplina, creen que el ejercicio de la razón es un ejercicio vital para la filosofía, por lo tanto debe tomarse distancia de los problemas comunes y corrientes de la sociedad, aunque de ella puedan salir las orientaciones para la misma. De otra manera, los filósofos críticos, creen que en el contexto de las ideas chilenas, la filosofía debe ayudar a dilucidar los problemas de la nación, como siempre lo ha hecho. Según Jaksic, estos grupos, que se han polarizado a lo largo de la historia moderna de Chile, dan a la filosofía chilena un carácter confrontacional, pero asimismo, han formado parte de la intelectualidad más susceptibles a las influencias extranjeras; lo que permitió, a través de ellos, comprender la transformación de las instituciones culturales, como la comprensión de la configuración de nuestra identidad chilena, en general¹⁶.

¹² M. Jaksic, *Rebeldes académicos. La filosofía chilena desde la independencia hasta 1989*, Santiago 2013, p. 23–24.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Recomiendo revisar: F. Miró Quesada, *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano*, México 1974; R. Frondizi, J. Gracia, *El hombre y los valores en la filosofía latinoamericana del s. XX* (Antología), FCE, México 1974; L. Martínez Gómez, ¿Existe una filosofía Latinoamericana?, [en:] *América (1492–1992). Contribuciones a un centenario*, ed. J.J. Alemany, Madrid 1988, p. 455–469; C. Beorklegui, *Historia del Pensamiento...*, op. cit., p. 450 y ss.

¹⁵ M. Jaksic, *Rebeldes académicos*, op. cit., p. 27.

¹⁶ *Ibidem*, p. 28.

La filósofa chilena Cecilia Sánchez, en su artículo “Filosofía universitaria y política. Chile en el periodo 1950–1973”, reflexiona al respecto, y nos enseña a cuatro filósofos que avanzado el siglo pasado se distinguían por asumir estilos del quehacer filosófico distintos, con tal de ejemplificar la situación filosófica universitaria de Chile en el periodo delimitado. Estos son: Luis Oyarzún (1920–1972), con una filosofía sensible y abierta al diálogo con otras disciplinas. Jorge Millas (1917–1982), para quien – comenta, Sánchez – “el mundo del pensamiento aparecía así como un refugio para que el « espíritu », con sus procedimientos e intereses propios, pudiera desarrollarse con mayor libertad”. Humberto Giannini (1927–), con una filosofía autobiográfica, cotidiana y confidencial. Y Juan Rivaño (1926–), con una filosofía política de izquierda y sarcástica. Estos pensadores comparten una misma época social y destacan por sus versiones diversas sobre filosofía, universidad y política, desde mediados del siglo XX, tiempo en que ya se había consagrado la “normalización de la filosofía”. Pese a las diferencias, estos filósofos, en todo caso, iniciaron una versión de la disciplina, de la que sí se puede identificar un cierto “corte humanista”¹⁷, en el que se fundieron de tal modo, que, como nos indica Jaksic, asumieron la tarea conjunta de formar a los profesionales, políticos e intelectuales chilenos, desde la asimilación relativamente crítica de las aportaciones foráneas¹⁸.

Desde aquí, decir que la filosofía chilena es pura teoría, sería caer en un error, pues ésta ha tenido una importante función política, sobre todo en la fundamentación de nuestra Nación. Esto, con todas las críticas que se le pudo hacer, con su eurocentrismo, con sus espacios privados, con sus elitismos, con sus normalizaciones... Hablamos en pretérito, porque esa flexibilidad de la filosofía chilena, que permitió, con todo, generar academias, fue superada por un tipo de filosofía que no dio opciones, pues inclinó a los Departamento de Humanidades a realizar un solo tipo de filosofía, una filosofía que sin dudar de su nombre obliga a los profesores a leer un solo tipo de libros y a fundamentar un solo tipo de ideología.

“GOLPE” A LA FILOSOFÍA CHILENA

Los historiadores de la filosofía chilena coinciden en narrar que la crisis comienza ya desde la radical politización de las universidades chilenas a fines de los años sesenta, momento en que se obliga a los filósofos a bajar de su “torre de marfil” para defender una versión de universidad que se consideraba conseguida. Batalla perdida, por el fuerte escenario político que ya se había establecido, en demandas de una idea de Universidad con mayor injerencia en la sociedad.

¹⁷ Cfr. C. Sánchez, *Filosofía universitaria y política. Chile en el periodo 1950–1973*, Talca 1997

¹⁸ Con todo, en una revisión crítica de sus actos podemos decir que en deuda quedaron estos académicos con las tareas de ir asumiendo las exigencias de un país multicultural, y con nuevos desafíos sociales en espacios de interdisciplinariedad dentro de las universidades.

Como dice Jaksic: “los filósofos estuvieron activos durante el proceso de reforma universitaria -como se le llama a este periodo-, pues todos tenían posturas muy firmes sobre la universidad, posturas que, a su vez, tenían su raíces en orientaciones filosóficas. Pero ninguno tuvo la plena conciencia de que sus posturas, filosóficas o no, quedarían subordinadas en un proceso político más amplio del que, en líneas generales, conocían muy poco”¹⁹. Destaca aquí, entonces, un nuevo tipo de filósofo, el “filósofo militante”, que puede asumir el momento de Reforma Universitaria como una lucha en contra de la “Universidad como Espíritu” y de su modernización tecnocrática.

Los años de Reforma lograron cambiar la universidad. Sus autoridades fueron elegidas por una base electoral más amplia y se convirtió más activamente en un lugar público. La filosofía sufrió consecuencias importantes, pues se modificaron radicalmente las mallas de estudios, convirtiéndolas al laicismo, y disminuyendo la atención de la filosofía tomista, a la vez que se eliminaba la metafísica; esto, en paralelo a la atención de las reflexiones europeas de los años cincuenta, principalmente fenomenológica y existencialista (“con autores como Husserl, Heidegger, Sartre y en parte Merleau-Ponty. Poco después se hace presente el pensamiento de autores como Hegel, Marx, Marcuse y Althusser”²⁰).

La situación en las universidades metropolitanas chilenas fue cada vez más politizada. Los profesores reaccionaron de diversas formas, como es de suponer. Los Profesionalistas emigraron a otras universidades menos politizadas, y algunos, incluso, decidieron abandonar el país; los Críticos, a su vez, renunciaron a sus cargos en los Departamentos, y asumiendo tareas menores. Todo esto en un clima de tensión nacional, agudizada por la fuerte contienda de desestabilidad desde los EEUU., para bloquear la posibilidad de asunción democrática del Gobierno Socialista de Salvador Allende, que en 1970 se hizo efectiva.

El momento culmen de este estadio de desestabilidad nacional ocurrió el año 1973, cuando un sangriento Golpe de Estado, intervino militarmente las universidades y expulsó a más de la mitad de los profesores y estudiantes de filosofía (muchos fueron desaparecidos y asesinados); reestructuró y cerró departamentos de la disciplina a lo largo del país y prohibió una serie de temas y autores, imponiendo el estudio del neotomismo, el neoliberalismo y el nacionalismo²¹.

La imposición de un sistema principalmente neoliberal y conservador católico, requería de un nuevo tipo de filósofo, un filósofo académico y apolítico, pero que también estuviera dispuesto a apoyar a los militares y a ejercer su profesión bajo supervisión militar. A estos filósofos, profesores desconocidos para la comunidad filosófica chilena e internacional, Jaksic llama “filósofos oficialistas”²²:

¹⁹ M. Jaksic, *Rebeldes académicos*, p. 260 (los corchetes son de los autores).

²⁰ C. Sánchez, *op. cit.*

²¹ Cfr. *ibidem*.

²² I. Jaksic, *Rebeldes académicos*, p. 286–287.

Filósofos nacionalistas que recrearon una historia de la filosofía chilena, erradicando a todos aquellos pensadores que pudieran identificarse con ideas marxistas (por ser foráneas –argumentaban), y desempeñaran función en el corto periodo socialista, independiente de la tendencia filosófica que hayan acogido. Con todo, los oficialistas no crearon ninguna escuela filosófica que perdura en el tiempo, repitiendo modelos de la década del 50, de un fuerte carácter tradicional-dogmático, centrada en los grandes filósofos de la Europa Occidental, y casi nunca en problemas filosóficos o historia de las Ideas. De ahí que los Departamentos de filosofía sobrevivieran gracias a la práctica cada vez más privatizada de la docencia, y bajo los lineamientos requeridos por el nuevo régimen²³.

Desde entonces parece fácil poder decir cómo somos, qué queremos, cómo es la filosofía que hacemos. Las intervenciones militares son categóricas. Mas esta intervención, causó aún una más fuerte bipolaridad. Por un lado el discurso nacionalista que nos obliga a dar la espalda a los demás países latinoamericanos, y por otro un fuerte discurso de modernización, que nos hace dialogar con potencias económicas anglosajonas.

Si bien las políticas neoliberales se han ido implementando en diversos lugares del planeta, pasando por Latinoamérica, Asia y, por qué no decirlo, en el último tiempo la UE, sin embargo, “Chile es el país que ha aplicado de forma más rigurosa y consistente las políticas y reformas neoliberales. Su experiencia se acerca al test del ‘caso puro’. Se trata en verdad de un ‘experimento’ casi de la laboratorio de las ideas neoliberales”²⁴. Así comienza, de hecho, el libro de Naomi Klein, “La Doctrina del Shock”, en donde el caso chileno es paradigmático. Se crea una identidad en un laboratorio de la ciudad de Chicago, y se vende al Dictador para “salvar” nuestra economía...

La violencia en Chile fue tan dramática que desde hoy se mira con dolor la perdida, el asesinato, la desaparición de miles de chilenos, mientras prevalece la asunción de un solo *ethos*. Al finalizar su libro, Naomi Klein resalta las palabras de una periodista argentina, que tratando de asimilar la situación de los países golpeados militarmente en Latinoamérica le comenta: “Las violaciones de los derechos humanos eran tan aberrantes, tan increíbles, que detenerlas se convirtió, por supuesto, en lo más importante. Pero aunque pudimos destruir los centros de tortura secretos, lo que no pudimos destruir fue el programa económico que militares empezaron y que todavía continúa en la actualidad [...] Era como si esa sangre, la sangre de los desaparecidos, hubiera tapado el coste del programa económico”²⁵.

²³ Cfr. *ibidem*, p. 297–298, 300.

²⁴ A. Foxley, Experimentos neoliberales en América Latina, “Estudios Cieplan” 1982, nº 59, p. 38.

²⁷ C. Acuña, en entrevista para la elaboración del libro de N. Klein, *La Doctrina del Shock, EL auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Argentina 2008. Y en: www.katari.org/pdf/shock.pdf (con vigencia en Julio de 2014), p. 213.

SOBRE EL PROGRAMA ECONÓMICO NEOLIBERAL

El programa económico neoliberal ha delimitado en Chile todas las instituciones. Por supuesto las Universidades y lo que allí se enseñaba. Cambió nuestros ropajes, prohibiendo la utopía²⁶ y la discusión política. Quedó anclado en nuestra Constitución.

Tratándose de los postulados neoliberales, éstos se nutren de diversas teorías. Así, desde la perspectiva económica, los postulados neoliberales se asocian al monetarismo²⁷. Desde la perspectiva social, hay una dilución de la cuestión social en tanto que problema nacional, en un problema étnico, local e individual²⁸ y desde la mirada de sus representantes teóricos, se identifican con el proyecto neoconservador²⁹. Sin embargo, aquí utilizaremos el término neoliberal como comprensivo de todas esas vertientes teóricas.

Ahora bien, si pudiéramos acercarnos al núcleo de las propuestas neoliberales, se puede señalar que lo encontramos en su concepción acerca de la libertad, sin perjuicio que también funda una determinada concepción antropológica y política. Sobre la libertad, ésta es entendida en su dimensión negativa, es decir, como la “libertad de que dispone cada individuo para emprender, producir, inventar, adquirir o desprenderse, emplear su tiempo, programar la propia vida, siguiendo su interés o su espíritu de generosidad, modelando su existencia por padrones originales o imitados, aceptando un camino de mediocridad o de grandeza”³⁰.

Para el caso chileno, estas ideas se implementaron de manera radical durante el período de la dictadura militar, siendo sus principales impulsores un grupo de economistas formados en la Universidad de Chicago desde fines de la década de

²⁶ L. Zuchel, *Sobre utopías, antiutopías y liberación. Aproximaciones y precisiones desde Latinoamérica*, “Revista de Ciencias Sociales” 2014, nº 64, Valparaíso.

²⁷ Cf. A. Foxley, *Experimentos neoliberales en América Latina*, “Estudios Cieplan” 1982, nº 59, p. 13.

³⁰ Cf. F. Alvarez-Uria *Retórica Neoliberal*, [en:] *Neoliberalismo versus democracia*, ed. F. Alvarez-Uria [et al.], Madrid 1998, p. 360.

²⁹ Cf. N. Lechner, *El proyecto neoconservador y la democracia*, [en:] *Obras escogidas de Norbert Lechner*, Vol. II, LOM ediciones, Santiago 2007, p. 137–140. Aunque cabe señalar que hay algún autor que afirma que no hay una corriente neoliberal propiamente tal, sino que este término (neoliberal) “es consecuencia de que los enemigos de la libertad han utilizado esa palabra como una sinédoque (extender o restringir el significado de una palabra tomando la parte por el todo, o el todo por la parte, o la materia con que está hecha la cosa con la cosa misma” (E. Ghersi, *El mito del neoliberalismo*, “Estudios Públicos” 2004, nº 95, p. 310–311). Este autor explora los posibles orígenes del término, incluso aborda sus diferentes significados al interior del liberalismo. En el uso cotidiano que se hace del neoliberalismo, postula que “el neoliberalismo técnicamente no es un mito, sino una figura retórica por la cual se busca pervertir el sentido original del concepto” (*ibidem* p. 294).

³⁰ A. Fontaine Aldunate, *Más allá del Leviatán*, “Estudios Públicos” 1980, nº 1, p. 5. Se advierte la influencia hayekiana en esta concepción de la libertad. Al respecto, Cf. F. Von Hayek, *Principios de un orden social liberal*, Madrid, 2001, p. 73–74; *idem*, *Los fundamentos de la libertad*, *op. cit.*, p. 32–33.

los cincuenta y parte de los sesenta³¹. El desarrollo de las ideas neoliberales en Chile no se produce sólo como una reacción al Gobierno de Allende, sino “su predominio sobre enfoques corporativos o de seguridad nacional radica en ofrecer una fundamentación histórico – filosófica para una radical e integral ‘capitalización’ de la sociedad chilena”³².

En el caso del neoliberalismo, sus ideas apuntan al establecimiento de una determinada manera para afrontar el fenómeno económico, y también postulan una profunda desconfianza del sistema democrático.

La crítica a la democracia se presenta a partir del despotismo que ella produce, “de apariencias benévolas pero sometido al rigor de las mayorías y más afanado por la igualdad que por la libertad”³³. Sostiene Fontaine que “el mito de la soberanía popular absoluta y el reforzamiento de las tendencias intervencionistas ponen en grave riesgo la libertad individual, cercenan la moneda y la propiedad, debilitan la autoridad moral de la ley, facilitan el crecimiento de monopolios del capital y del trabajo y permiten la entronización de auténticos regímenes totalitarios que utilizan con fraude los principios de democracia y libertad”³⁴.

Por tanto, ante la ineeficacia de las políticas implementadas por los pregoneros de la igualdad, los problemas de la sociedad se solucionan con la encarnación fáctica del principio de la libertad (entendido en sentido negativo), es decir, como ausencia de coacción arbitraria ajena³⁵. No es difícil, entonces, deducir cuál será el instrumento por medio del cual la libertad podrá emanciparse: “el mercado es el procedimiento objetivo de ajuste entre los deseos que son libres, y los bienes que son limitados”³⁶

³¹ Dice Vergara que “la influencia de la ortodoxia de Chicago, que se expresaba sobre todo en el programa antiinflacionario, se materializaba en la presencia de un grupo de economistas chilenos – los denominados Chicago boys – que se habían ido constituyendo a raíz de un convenio suscrito en 1955, en virtud del cual un gran número de egresados de la escuela de Economía de la Universidad Católica hicieron sus estudios de post – grado en Chicago. Posteriormente, integrantes de esas promociones asumieron el control del Departamento de Economía de la mencionada comunidad, desde donde comenzaron a expandir su influencia en los medios políticos y empresariales” (P. Vergara, *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*, op. cit., p. 56). Una explicación sobre los efectos del acuerdo entre las Universidades Católica de Chile y Chicago se puede encontrar en Fontaine, aunque advierte que el tono de relato se detiene exclusivamente en las bondades que supuso para Chile este acuerdo: Cf. A. Fontaine Aldunate, *Los economistas y el Presidente Pinochet*, Zig Zag S.A., Santiago 1988, p. 21–38.

³² N. Lechner, *El proyecto neoconservador y la democracia*, op. cit., p. 138.

³³ A. Fontaine Aldunate, *Más allá del Leviatán*, op. cit., p. 2.

³⁴ *Ibidem*, p. 13. Es más, agrega que “en nombre de la igualdad, no pocos demócratas sinceros consienten en otorgar al Estado facultades ilimitadas, encargándole la redistribución de la riqueza a través de los impuestos y de los gastos sociales; permitiéndole que restrinja la libertad económica por medio de la legislación y a través de la tolerancia frente a la coacción sindical, y autorizando que se convierta en capitalista al explotar actividades económicas que se consideran socialmente útiles. En nombre de la igualdad restringen la libertad. Pero, al hacerlo, ciegan la fuente de vitalidad económica de la sociedad y generan pobreza e injusticia (*ibidem*, p. 14).

³⁵ Cf. N. Lechner, *El proyecto neoconservador y la democracia*, op. cit., p. 142.

³⁶ A. Fontaine Aldunate, *Más allá del Leviatán*, op. cit., p. 11.

ya que “el mercado se mueve gracias a las preferencias libres de los sujetos y carece por tanto de coacción. Es además impersonal porque se rige por reglas no discriminatorias que amparan el interés común de todos los que en él operan”³⁷.

Ahora bien, la libertad como espontaneidad y ausencia de coacción, no significa inexistencia del mal o injusticia, puesto que se puede ser libre y desgraciado a la vez. La libertad no impide morirse de hambre ni correr riesgos mortales. Consiste simplemente en la posibilidad de decidir sin presión ajena, cualquiera que sea el costo que envuelva el ejercicio de tan noble como peligrosa facultad³⁸. Al mismo tiempo, el neoliberalismo se edifica en base a ciertos pilares en las cuales descansa: una relativización del sistema democrático, además de una concepción antropológica radicalmente individualista y una maximización de los criterios mercantiles como instrumento de comprensión de todos los fenómenos delos mundos de vidas.

Vistas así las cosas, es razonable afirmar la íntima conexión entre una corriente que postula la máxima libertad de los individuos que se desarrollan en un mercado de bienes y servicios, con aquella que, para hacer operativos esos fines, favorece la liberalización de precios, eliminación de subsidios y reducción del déficit. Y esos principios, que responden al marco teórico y conceptual descrito anteriormente, se encarnan –como hemos dicho– con especial fuerza en Chile durante la década de los setenta y ochenta. Se privatizan las empresas estatales y también hay un traspaso de los servicios públicos a la iniciativa privada (*V.g. previsión social, sistema de sanidad, educación y vivienda social*). Se da origen a un complejo y completo período de privatización de todas las esferas de la realidad, en que “privatizar significa que el principio de la responsabilidad colectiva es reemplazado por el principio de la rentabilidad privada... la intervención estatal se limita a un asistencialismo *in extremis*... [en que] la desarticulación de la organización sindical es el motor de la política de descentralización”³⁹.

³⁷ *Ibidem*, p. 15. Con todo, no significa que el Gobierno no sea necesario. Antes bien, “la organización económica de mercado no pretende eliminar la presencia del Gobierno. Este último es la autoridad que fija las reglas y que es árbitro en la interpretación y cumplimiento de las mismas. Lo que el mercado hace es reducir el margen de problemas que, si no existiera, deberían ser resueltos por la autoridad política. Por consiguiente no elimina pero disminuye la necesidad de la intervención gubernativa. Un rasgo de la decisión política es que ella exige sometimiento. El mercado no. En este último cada individuo puede votar por la clase de camisa que necesita, y conseguirla, sin necesidad de examinar el tipo que ha elegido la mayoría, para someterse a ésta. En este sentido, el mercado es más democrático que cualquier régimen político” (*ibidem*, p. 15–16).

³⁸ Cf. *ibidem*, p. 4–5. Esta idea presentada por Fontaine es literalmente defendida por Hayek, aunque el primero no lo cite: Cf. F. von Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, *op. cit.*, p. 42. Con todo, este ideal de la libertad ha llevado a sostener que “el discurso neoconservador revela la concepción autoritaria de la sociedad. Contra la responsabilidad social de un igualitarismo afeminado se proclama en tono nietzscheano la grandeza patética del más fuerte: un orden macho” (N. Lechner, *El proyecto neoconservador y la democracia*, *op. cit.*, p. 144).

³⁹ *Ibidem*, p. 172. La misma idea es recogida por Foxley y Vergara: Cf. A. Foxley, *Experimentos neoliberales en América Latina*, *op. cit.*, p. 38; P. Vergara, *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*, *op. cit.*, p. 167–168. (Los corchetes son de los autores.)

Por tanto, es posible observar que la economía, el mercado y sus premisas ocupan todas las esferas de la realidad social, inclusive la de las Universidades, a través de sus académicos, individualizados; entre ellos, la de los filósofos chilenos. Según Foxley, la economía en tanto que ciencia, se funda en el supuesto de la racionalidad individual. Cada individuo procura maximizar su propio bienestar y el mercado es el instrumento más eficiente para la conquista de ese objetivo, por lo que las soluciones que ofrece el mercado serían óptimas para todos los involucrados en el proceso económico. Además, siendo las preferencias libres e indiferentes a la coerción, sólo las relaciones (del tipo que sean) que se dan en el mercado estarían a salvo de la influencia contaminante de la política⁴⁰. De ahí que a los neoliberales “les parece del todo comprensible aplicar los mismos principios con el objeto de adoptar decisiones ‘racionales’ en cualquier otro ámbito del sistema social y político”⁴¹. Como señala Garretón, para esta concepción, “la libertad política es posible sólo a partir de una libertad económica que se define en torno de la propiedad privada y que se encuentra en la vigencia plena del mercado sin interferencias..., [en que] los principios del mercado proveen también los fundamentos del sistema político”⁴².

Como se ha señalado, una consecuencia inmediata de estos postulados es una reducción de las atribuciones del Estado y dar paso a un proceso de descentralización y privatización de las decisiones. Con no poca ironía, Salazar sintetiza las ideas neoliberales señalando que “el libremercadismo contiene un ‘silogismo histórico’ que tiene en su premisa mayor y en su conclusión, es mercantil; en su premisa del medio es geopolítico y militar, y en ninguna fase del razonamiento, socializado. Tiene una relación ‘casual’ con la democracia y la nacionalidad. Por ello, su metabolismo cultural es, en lo visible, materialmente rico, pero en lo visible, socialmente pobre”⁴³.

Y eso fue lo que ocurrió en Chile: fue una dictadura, que concentró todo el poder imaginable quién acometió la tarea de encarnar en la praxis las posturas neoliberales, sin olvidar que el costo social que supuso la implementación de estas políticas fue altísimo y se mantuvo por años. De ahí, dado lo impopular que significa imponer estas medidas, su marco propicio es el de gobiernos autoritarios que limitan o suspenden ciertos derechos fundamentales⁴⁴.

Por ello, con la finalidad de hacer posible el camino hacia una sociedad libre

⁴⁰ Cf. A. Foxley, *Experimentos neoliberales en América Latina*, op. cit., p. 80.

⁴³ *Ibidem*, p. 80. Si esto es así, el monetarismo deviene en teoría política: “el monetarismo evoluciona desde recetas simples y técnicas de corto plazo para reducir la inflación, hacia un enfoque radical de economía de libre mercado y de una sociedad organizada en torno del principio de libertad económica” (*ibidem*, p. 82).

⁴² M.A. Garretón, *Modelo y proyecto político del régimen militar*, op. cit., p. 20. (Los corchetes son de los autores.)

⁴³ G. Salazar, J. Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, op. cit., p. 173.

⁴⁴ La tasa de paro en 1973 era de 4,6%. A partir de 1974 se empina a 9,7. Entre 1975 y 1979 el promedio es de un 15% de la población. Desciende entre 1980–1981, pero entre 1982–1984 supera el 20%, descendiendo al 15% aproximadamente entre 1985– 986 (Cf. F. Rosende Ramírez, *Una*

era necesario realizar cambios institucionales fundamentales, en lo económico, político y social. Desde la perspectiva del derecho constitucional, la Constitución elaborada en tiempos de la dictadura militar es reflejo de los paradigmas neoliberales que no tardaron en ser implementados y normativizados. En ella descansan claras ideas sobre la igualdad y la libertad.

Sobre la igualdad, ésta es concebida desde una perspectiva ultraliberal, es decir, como igualdad de oportunidades más que para generar un espacio de igualdad real y material, ya que siendo el mercado el espacio de desenvolvimiento de la persona, él mismo permitirá el desarrollo de las potencialidades individuales en vista de una mejora de las condiciones materiales de vida. En cuanto a la libertad, la verdadera libertad es aquella que permite el despliegue de la iniciativa económica sin ser coartada por el Estado. De ahí que la base de la libertad “reside en la propiedad privada y en la competencia en el mercado y es fundamental libertad de consumir. Los derechos de las personas se hacen valer no en espacio público – en la esfera del Estado y la política –, sino en el mercado”⁴⁵.

FILOSOFÍA CHILENA Y MERCADO, Y UNAS ÚLTIMAS REFLEXIONES

Y volvemos a la pregunta, ¿cómo hacer filosofía “normal”, bajo los paradigmas del Mercado? ¿Será eso posible? Instalar la pregunta, de-construir nuestra historia, es ya hoy día un gran desafío para la filosofía chilena, y para toda aquella-filosofía que quiera conservar su sensatez. Así lo indicaba Giannini el 2004: “si la filosofía quiere conservar su seriedad vital, sus referencias concretas, no debe desterrar completamente de sus consideraciones el modo en que el filósofo viene a encontrarse implicado y complicado en aquello que explica”⁴⁶.

¿Cómo es, entonces, que nos implicamos y complicamos con lo que filosóficamente decimos de nuestro tiempo? Para Santos, esto significa hacer una filosofía que considere filosóficamente su lugar de enunciación. Para él, lo de Giannini “es un gesto anti o contra hegeliano, si se quiere, sin esperar el atardecer para ‘elevar el vuelo’, sin dejar que los acontecimientos ya hayan tenido lugar para llevar la historia a concepto, abordar nuestros problemas, nuestro mundo”⁴⁷, y por lo tanto, invita a hacer una filosofía de la utopía, que pueda -así como la entiende-, ser crítica, y transformadora de las estructuras; que no teme a decir: la filosofía se ha tenido

interpretación del desempleo en Chile, “Estudios Públicos” 1988,, nº 32, p. 71, 74–76). Estos datos no consideran los casos de empleo precario, como los programas PEM y POJH, que, en el evento de ser incluidos, aumentaría la tasa de paro.

⁴⁵ P. Vergara, *Las transformaciones del Estado chileno bajo el régimen militar*, op. cit., p. 99.

⁴⁶ H. Giannini, *La Reflexión Cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago de Chile 2004, p. 17.

⁴⁷ J. Santos, *el filósofo profesional como MINI-PYME* (pequeña empresa), en Revista Paralaje, nº 7, Santiago de Chile, 2011.

que mercantilizar, como exhibe en uno de sus artículos, pues –como hemos visto– sólo mercancía se vende hoy en el mercado. Esto que parece un mal sueño es –comenta– nuestra utopía, o mejor dicho, nuestra anti-utopía⁴⁸. De ahí que trate de explicarnos cómo está siendo el “filósofo profesional” en la actualidad.

Según Santos, el filósofo chileno sería como una MINI-PYME (término que se utiliza en Chile para referir a la pequeña empresa); es decir, una inversión en “capital humano avanzado”, un “nicho de mercado”, una “carrera académica”, que vende servicios como la docencia, docencia eficiente, que pueda dejar contenido a los clientes (estudiantes); además, con un alto nivel de productividad investigativa, en la compra/venta de textualidad⁴⁹.

¿Qué venden/dicen los filósofos chilenos? Lo que pueda transarse rápidamente, y que, por supuesto, no ponga en peligro el sistema. De ahí que una de las características de nuestra compra/venta de textualidades –como diría este autor– tiene que ser precisa, corta; los *papers* son el medio más eficiente, pues además cumple una segunda exigencia: son fugaces, como debe ser nuestro pensamiento. Un *paper* se puede escribir en unos pocos meses, tiempo suficiente para dejar todo dicho, todo pensado. Esta compra/venta de *papers* es además muy competitiva, como lo es también conseguir un trabajo, en los pocos espacios que el Mercado deja a las Humanidades; La competencia perfecta, la flexibilidad laboral, el clientelismo, son razones para acceder a esta anti-utopía como formalización de un estado catastrófico de nuestros oficios, pero que, como sucede con las anti-utopías del fin del mundo, son también lugar de advertencia y apertura hacia una realidad factual otra.

De las experiencias interculturales se pueden rescatar muchas formas, diversas, de hacer filosofía, y de generar modelos educativos y experiencias políticas que hoy podemos incorporar en nuestras búsquedas; pensamientos divergentes que hasta hoy han sido ignoradas por el conocimiento y racionalidad hegemónicos. Desde la sociología –por ejemplo– podemos apreciar las propuestas de Boaventura de Sousa Santos, a partir de la *Sociología de la ausencia* y la *Sociología de la emergencia*. Desde el Derecho, luego del 11S del 2001, se ha discutido ampliamente la opción de posibilitar la interculturalidad a cambio de la multiculturallidad. Desde la filosofía, Raúl Fornet Betancourt, entre otros, se propone también abrirnos a nuevas formas de racionalidad, que pudieran enriquecer los discursos y despejar las hegemónías de poder. Desde estas convicciones, en su última visita a Chile, el año 2013, Fornet-Betancourt se refirió al silencio. Seguramente haya sido nuestro mejor consejo; pues calma, silencio, sea lo que la filosofía chilena necesita. Silencio para oír las voces de los que acuden desde los extramuros, y reconocer el amplio espectro de vidas opacadas, pero llenas de esperanza, que son realidad de una filosofía auténtica que se niega a la muerte.

⁴⁸ Cfr. *Ibidem* .

⁴⁹ *Ibidem*.

La filosofía chilena se ha construido en deuda con las distintas tradiciones y voces del mundo y de su propia gente; mas el neoliberalismo, por la propia violencia con la que se ha autoimpuesto sea quizá decidor para asumir, desde la crisis, nuevas utopías: los desafíos estructurales de una nueva historia.

SUMMARY

In the present article, one presents the development of the Chilean philosophy in the last decades, putting special emphasis in the effects that there supposes the imposition of a neoliberal model, model who not only founds the economy but all the social interactions. The question of this work is why and what is done philosophically in Chile, which are the characteristics that the economic model inherited from the dictatorship, has generated in the institutions and disciplines. Thus, definitively, what occupies (or pre-occupies) to the Chilean philosophers, as teachers and investigators, for the comprehension and construction of his own housekeeping.

Keywords: Chilean philosophy, neoliberalism, ideology, politics